

Nacimiento y futuro

Juliana González

En este discurso de bienvenida a los estudiantes que ingresaron a la UNAM en 2010, la doctora Juliana González, profesora emérita, al tiempo que rememora los logros y realizaciones que nuestra Institución ha tenido a lo largo de sus cien años, establece los compromisos éticos de libertad, verdad y justicia como una práctica para el presente y el futuro de nuestra máxima Casa de Estudios.

Este año celebramos el centenario de la Universidad Nacional, que entronca con su antecedente, la Real y Pontificia Universidad de México, pero que se refunda con los ideales de la nueva era de la modernidad.

Los cursos que hoy se inician, a cien años de la creación de la Universidad Nacional, nos inducen a tomar conciencia del momento histórico, a volver la mirada hacia atrás, hacia este siglo transcurrido de nuestra Universidad moderna, y ver hacia adelante, hacia su porvenir, hasta donde nos sea posible ver.

La Universidad Nacional, la de 1910 (todavía no autónoma pues la autonomía la obtiene en 1929), fue creada con una idea y unos ideales que, un siglo después, siguen teniendo sentido y vigencia.

En sus discursos del acto inaugural, Justo Sierra y Ezequiel A. Chávez, dijeron —entre otras cosas—:

...la esplendente aurora del Renacimiento mostró al hombre: reducido por la razón, no por la fe, a una unidad armónica...

Los estudiantes de la Universidad, unificados, solidarios, se han de proponer adquirir los medios de nacionalizar la ciencia y mexicanizar el saber... (pero) Para que esta labor sea no sólo mexicana sino humana... será necesario vivir en íntima conexión con el movimiento de la cultura general.

Como universitarios... tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad.

...las verdades nos redimen de esa forma de esclavitud, que aún subsiste, que es la ignorancia.

Las ideas verdaderas no se han de cristalizar dentro de las almas, sino que han de constituir dinamismos perennemente traducibles en enseñanza y en acción; que sólo así las ideas pueden llamarse fuerzas: "ideas fuerza".

Y es un hecho que un siglo después la Universidad Nacional Autónoma de México ha cumplido con creces con estos valores y ha enriquecido de manera extraordinaria sus horizontes y su misión.

Durante estos cien años, nuestra Universidad ha sido *una* con el devenir social, cultural y político de México. Ha formado parte decisiva del "cerebro" del país, tomando en cuenta, además, que hoy comprobamos que en el cerebro "residen" no sólo la conciencia y la razón, sino también las emociones y los impulsos vitales que nos mueven a actuar, es decir, en él reside el "alma".

De la UNAM ha emanado la parte más considerable, sobre todo cualitativamente, de las ciencias y de las humanidades del país. Y no sólo han irradiado para adentro de éste, sino hacia la cultura mundial. No en vano en el 2009 recibió el Premio Príncipe de Asturias en Huma-

nidades y Comunicación. De la UNAM surgen las investigaciones, las creaciones y los proyectos sociales que nutren el desarrollo humano de México y, al mismo tiempo, ella representa uno de los mejores rostros del país, a nivel internacional.

En la Universidad Nacional se formaron a lo largo de este siglo los médicos, físicos, biólogos, políticos, literatos, historiadores, filósofos, juristas, administradores, economistas, etcétera, más connotados de nuestra historia contemporánea. Inclusive los que sólo estuvieron brevemente en sus aulas y en sus *campi* tienen la huella indeleble, el sello inconfundible de la UNAM.

A este universo privilegiado, a este incomparable espacio de libertad y creatividad, de responsabilidad y compromiso, acceden ahora los alumnos de nuevo ingreso, y reiniciamos la tarea académica cuantos formamos parte de él.

Y al mirar hacia adelante, hacia el nuevo ciclo universitario que se inicia, hacia los nuevos decenios y hacia el próximo centenario, ¿con qué nos encontraremos?, ¿qué nos es dado esperar del mundo en que viviremos?, ¿qué se espera particularmente de los jóvenes que habrán de recorrer los nuevos tiempos?, ¿qué nos anuncia el futuro para nuestras disciplinas y profesiones, para nuestro país y el mundo?

Es fácil advertir que hoy se entremezclan posibilidades absolutamente contrarias. Que en la realidad actual parecen bifurcarse los caminos del porvenir. Que por un lado, el futuro se muestra en verdad amenazante. Que, por el otro, el propio presente está llegando a límites alar-

mantes con sus grandes crisis, la económica y la social, así como la ecológica.

Una economía que a duras penas parece que sobrevivirá, tal y como ha sido hasta ahora. Una pobreza que avanza, que se traduce en hambrunas, migraciones, violencia e irrebasable desesperación, dando un verdadero mentís a la pretensión de un mundo racional y civilizado. Un planeta que es devastado minuto a minuto, revirtiendo sobre los humanos el deterioro sufrido en su aire, sus mares, sus tierras y en todos sus seres vivos.

Sin duda, estamos viviendo tiempos difíciles para México, para el mundo y de nada de esto nos podemos desentender y, menos aún, las nuevas generaciones a quienes les tocarán participar de este futuro.

Pero al mismo tiempo, cualquier postura apocalíptica se desvanece cuando, con toda objetividad, nos hacemos conscientes de las maravillas de nuestro tiempo —que es el otro lado de la medalla—: los avances extraordinarios del conocimiento, de la tecnología, de los movimientos sociales, de la liberación de prejuicios morales y sociales. Movimientos históricos hacia las libertades y hacia las igualdades, hacia una participación cada vez más amplia en los bienes de la cultura. Nuestro tiempo también es tiempo de derechos, de democracia, de aceptación de la pluralidad humana y la tolerancia, de hallazgos científicos fenomenales. Así como algunos países le ganan tierras al mar, así la medicina de los últimos decenios le viene ganando tierras a la muerte y a la enfermedad, continuando con grandes expectativas, co-



Campus de Ciudad Universitaria, 1955

mo lo están en general todas las ciencias y también las humanidades.

Los contrastes y las contradicciones son ciertamente extremos en nuestros días. Pero no nos engañemos pensando que todo está mal y que no hay esperanza, tampoco nos engañemos pensando que todo está bien y que no pasa nada.

Cualquiera de estas dos actitudes nos quita la responsabilidad (y por tanto la libertad), dejándonos en el fondo, inmóviles y estériles. Y es esta responsabilidad profunda la que adquirimos cuando llegamos a formar parte de esta Universidad y más aún cuando dedicamos nuestra vida a una carrera universitaria.

La UNAM, en muchos sentidos, no es “gratuita”, sin duda, lo es en relación con las cuotas económicas, pero los universitarios tenemos que pagar un gran precio por el privilegio de estar aquí (unos, recién ingresando, otros habiendo pasado quizá la mayor parte de nuestra vida en ella). El precio es el de la entrega a las tareas académicas de la propia disciplina, el de la honestidad profesional, la autenticidad, la responsabilidad. El precio es mantener siempre despierto el espíritu crítico, a la vez que siempre viva la esperanza junto con el empeño y la creatividad.

Pero todo este “gasto” redunda en una de las cosas más preciadas que existen, que es la autorrealización, en la medida misma en que, lo que hacemos, redunda en un bien para los demás. Es camino de ida y vuelta, pues la responsabilidad es en realidad múltiple: para con uno mismo, para con los demás y para con la realidad que estudiamos en la búsqueda de la verdad. Los otros son destinatarios

siempre presentes en mi propio recorrido. Destinatarios directos, visibles o indirectos y hasta distantes.

Tal responsabilidad constituye el núcleo de toda ética profesional.

Aunque, por todo lo dicho, hemos de reconocer que la ética profesional no comienza propiamente al egresar de las carreras sino que está ya desde el comienzo de los estudios, inclusive desde la preparatoria, y durante todo el proceso formativo, así como en la vida profesional o académica.

Y precisamente en nuestro presente, con la memoria viva de los ideales de nuestra Universidad, con sus realidades y realizaciones, pero, al mismo tiempo, con la conciencia bien despierta de los riesgos y enormes desafíos que se abren desde nuestro presente hacia el futuro, la responsabilidad como libertad se intensifica y se expande ilimitadamente.

Tenemos y tendrán particularmente ustedes, los hoy estudiantes, la doble misión, la de enfrentar y combatir las amenazas y la de contribuir verdaderamente a la realización de las promesas, cada uno en su propio campo, inclinando así la balanza hacia la grandeza de un mejor mundo, más nutrido en los grandes valores de la verdad y la justicia, inconcebibles sin la libertad. Esos valores que señaladamente son el espíritu de nuestra Universidad Nacional Autónoma de México.

Discurso pronunciado en la “Ceremonia de inicio de las actividades del ciclo escolar de la UNAM 2010-2011” en el Auditorio Raoul Fournier de la Facultad de Medicina el día 10 de agosto de 2010.



Ciudad Universitaria, 2002